



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Las razones del "ayer" sostienen el "siempre": la oposición conservadora a las reformas neoliberales de Pinochet

Autor: Pinedo, Javier

Forma sugerida de citar: Pinedo, J. (2000). Las razones del "ayer" sostienen el "siempre": la oposición conservadora a las reformas neoliberales de Pinochet. *Cuadernos Americanos*, 6(84), 112-129.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 84, (noviembre-diciembre de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Las razones del “ayer” sostienen el “siempre”: la oposición conservadora a las reformas neoliberales de Pinochet*

Por *Javier PINEDO*

Instituto de Estudios Humanísticos, Universidad de Talca, Chile

1. Introducción

EL GOBIERNO MILITAR DE AUGUSTO PINOCHET (1973-1990), impuso, en colaboración con un grupo de profesionales seguidores de la Escuela de Chicago, sobre la base de un intento de modernización de Chile, una serie de reformas económicas que intentaban desarrollar un modelo neoliberal. Entre los que se opusieron a estas medidas encontramos, en un comienzo, a los sectores de centro e izquierda, los que se vieron incrementados, más tarde, por intelectuales que reclamaban en contra del neoliberalismo y la modernización desde diversas posturas: ya sea por razones políticas, culturales o religiosas.

Pero existió también un rechazo de sectores nacionalistas y conservadores, que consideraban que el país no estaba preparado para asumir esas medidas neoliberales, que afectaban negativamente su desarrollo como nación. El artículo intenta exponer los razonamientos de este sector conservador. Lo escueto de los argumentos utilizados se debe a que el trabajo se inserta en una investigación mayor: analizar las formas de pensamiento surgidas en Chile en los últimos treinta años, en torno al tema modernidad-identidad.

El pensamiento conservador tiene una larga tradición en Chile, y entre los representantes del presente siglo se menciona a Francisco A. Encina, Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre, Mario Góngora, Osvaldo Lira, Julio Retamal Favereau, Juan Antonio

* Este trabajo forma parte del proyecto: “Chile a fines del siglo xx: ensayística, identidad, modernidad”, financiado por FONDECYT, núm. 1990944. Una versión abreviada fue leída en el IX Congreso de la FIEALC, celebrado en Tel Aviv entre el 12 y el 15 de abril de 1999.

Widow, y algunos otros, como el historiador Gonzalo Vial que, sin embargo, ha negado pertenecer a esta corriente.¹

Al analizar las coordenadas ideológicas del pensamiento conservador se establece su estructura en torno a la tradición, el catolicismo, el nacionalismo, el orden social y su desprecio por lo contrario: el liberalismo, la democracia, el laicismo etc.² Además es evidente su admiración por figuras históricas como Diego Portales, Manuel Montt, Antonio Varas, representativas de un sistema que aseguraba el "orden social" señorial mediante el sistema presidencial autoritario, la "aristocracia castellano-vasca" y la desconfianza en el sistema de partidos políticos. Todos ellos defienden una identidad nacional tradicional y esencialista y un "ayer" aceptado como un "siempre".

Este pensamiento concibe a Chile como una entidad social y cultural insular y distinta dentro de América Latina, que debe preservarse de un Occidente que se admira y del que se desconfía al mismo tiempo, porque representa nuestras raíces (hispánicas, europeas), pero que al mismo tiempo las subvierte. Los conservadores, en mi opinión, nunca comprendieron el profundo sentido crítico de la modernidad, y aun de la cultura occidental, y sólo aceptaron formas externas de ella. Estas ideas conservadoras se mantienen durante todo el siglo xx, y resurgirán con fuerza después de la intervención militar de 1973, la que los conservadores apoyaron, especialmente la Declaración de Principios de la Junta militar.³

¹ Vial ha negado la imposibilidad de definir esa postura. Véase Gonzalo Vial, "Alrededor de los sucesos de 1973", *Dimensión histórica de Chile* (Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación), núm. 3 (1986). Sin embargo, muchos de los rasgos con que Vial ha definido a Chile (ausencia de una burguesía industrial, aspectos raciales y psicológicos marcados por la premodernidad, predominio del espíritu militar por sobre el civil, incapacidad política durante el parlamentarismo etc.) coinciden plenamente con los argumentos de los conservadores y particularmente con Francisco A. Encina y Mario Góngora.

² Renato Cristi y Carlos Ruiz, en *El pensamiento conservador en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992, señalan algunos ejes semánticos en torno a los cuales se estructura el pensamiento conservador: democracia/corporativismo; liberalismo/autoritarismo; presidencialismo/parlamentarismo; liberalismo económico/control estatal; catolicismo/laicismo. Algunas de estas oposiciones se han ido manifestando por sobre otras en determinadas circunstancias históricas. Así, en las disputas del siglo pasado entre liberales y conservadores, destacaron los aspectos religiosos y políticos por sobre los económicos. En el siglo xx, aun cuando lo católico sigue siendo una prueba diferencial, algunos conservadores, como Góngora y Vial, no manifiestan un catolicismo explícito.

³ Uno de los primeros libros publicados por la Editorial Nacional Quimantú, rebautizada por los militares como Editora Nacional Gabriela Mistral, es justamente un

Más tarde, sin embargo, después del apoyo inicial, cuando el régimen militar avanzaba fuertemente en la aplicación del modelo neoliberal, aparecerá un grupo de pensadores que constituyeron una oposición nacionalista-conservadora a la modernización económica iniciada por los economistas neoliberales.

Dentro del gobierno militar surgen contradicciones entre nacionalistas, corporativistas, conservadores y neoliberales, los que finalmente vencen, imponiendo un sistema que en palabras de uno de sus impulsores, José Piñera, se expresaba como un “nuevo Chile”, a partir de las reformas que intentaban la modernización del país:

Se abrió la economía a la competencia internacional; se privatizaron la mayoría de las empresas estatales; se eliminaron los monopolios empresariales y sindicales; se flexibilizó el mercado de trabajo; se creó un sistema privado de pensiones y de salud; se abrieron sectores enteros como el transporte, la energía, las telecomunicaciones y la minería a la competencia y a la iniciativa privada.⁴

Los neoliberales intentaron fundar una nueva derecha que buscaba ponerse al día, convencida que se podía transformar a Chile en un país desarrollado y contagiarse con las ideas de cambio que caracterizaron la sensibilidad de los años sesenta, aunque profundamente antidemocrática en lo político.⁵

Los conservadores, en cambio, o algunos de ellos, miraron al gobierno militar ambiguamente: por una parte celebraban la concentración de poderes que llevó a cabo Pinochet, el nacionalismo, el desprecio por la democracia; pero por otro, rechazaron la política económica, la no intervención del Estado en asuntos como educación y salud, la apertura internacional y el fomento de una sociedad de masas.

Entre los principales pensadores que hemos considerado, y advirtiendo que no todos poseen un programa común, podemos men-

volumen dedicado al pensamiento nacionalista, véase, AA.VV., *Pensamiento nacionalista*, Santiago, Gabriela Mistral, 1974. Particularmente interesantes para este propósito son los artículos de Osvaldo Lira, “Nación y nacionalismo”; Jorge Prat, “Pensamiento nacionalista”; Arturo Fontaine, “Ideas nacionalistas chilenas”; Miguel Serrano, “Nacionalismo telúrico”.

⁴ José Piñera, “Chile: el poder de una idea”, en Barry Levine, comp., *El desafío neoliberal: el fin del tercermundismo en América Latina*, Bogotá, Norma, 1992.

⁵ Arturo Fontaine Aldunate, siguiendo a Hayek, señaló que era posible la existencia de gobiernos autoritarios “que actúen sobre la base de principios liberales” en economía. Citado por Cristi y Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, p. 142.

cionar a Mario Góngora, Roberto Escobar, Armando Roa, Pedro Morandé, Julio Retamal Favereau y Jaime Antúnez Aldunate.

2. Mario Góngora y la oposición desde el estatismo

EL destacado historiador Mario Góngora (1915-1985) tuvo una vida ideológica compleja, marcada por sus inicios conservadores, los que más tarde negó acercándose a posiciones comunistas, de las que se decepcionó, volviendo al conservadurismo.⁶ En su juventud fue director (desde 1936) de la revista de la juventud conservadora, *Lircay*, en uno de cuyos ejemplares escribe: "Queremos una revolución espiritual real y el advenimiento de un régimen ideológico nuevo [...] La Falange llama a todos los chilenos para la gran tarea de rehacer material y moralmente a la Nación".

Más tarde, ya producido el golpe militar, Mario Góngora publicó en 1980, en la revista *Atenea*,⁷ el artículo "Proposiciones sobre la problemática cultural en Chile", en el que comienza afirmando que la cultura (en individuos como en pueblos) vive del alma o "principio interior", el cual es más rico mientras más interior sea. Góngora estructura su pensamiento en torno a conceptos como: cultura del alma, espíritu, una identidad no moderna.

En una primera crítica al proyecto neoliberal, Góngora señala que este principio interior se diferencia del sentido pragmático o económico, dominado por el raciocinio y en el que el "alma" no está presente. Establece las diferencias entre Chile y el mundo moderno, debido a su constitución por raíces étnicas superpuestas: a) la indígena, que no logró grandes realizaciones simbólicas, en comparación con otras culturas del continente; y b) el mundo ibérico, igualmente pobre en lo simbólico; pues en su opinión, el español vecindado en Chile provenía de niveles populares-andaluces al margen de las realizaciones del Siglo de Oro. Es decir, nacimos de espaldas a la modernidad.

⁶ Para mayores antecedentes sobre Góngora, véase Cristi y Ruiz, "Estado nacional y pensamiento conservador en la obra madura de Mario Góngora", en *El pensamiento conservador en Chile*, pp. 140-157; Jorge Larrain, *Modernidad, razón e identidad en América latina*, Santiago, Andrés Bello, 1996; Alfredo Jocelyn-Holt, *El Chile perplejo. del avanzar sin tranzar al tranzar sin parar*, Santiago, Planeta, 1998.

⁷ El volumen recoge algunos trabajos leídos en las "Quintas Jornadas Nacionales Universitarias de Cultura", y corresponde a los esfuerzos del grupo de apoyo intelectual al gobierno militar, para realizar actividades que contrarrestaran el llamado "apagón cultural".

Por lo anterior, el criollo no conoció el Renacimiento ni la Reforma ni las cortes barrocas, es decir la Modernidad; produciendo, en cambio, el caciquismo, el sentimiento guerrero, el casticismo y el clericalismo, como partes constitutivas de su ser nacional.

La misma ausencia de cultura moderna la observa en el Chile republicano del siglo XIX, aunque oculta bajo el lenguaje de una Ilustración y un Liberalismo puramente epidérmicos que no afectaron la profunda identidad del país. Y si bien surgieron algunas personalidades como Andrés Bello, José V. Lastarria, Valentín Letelier y otros, no lograron, para él, la creación de obras del espíritu y del alma, es decir cultura. Durante el siglo XX, Góngora cree que Chile ha logrado una "verdadera cultura espiritual", especialmente a través de la poesía, en las obras de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda, así como en otros artistas, pero mientras este grupo culto ha podido insertar a Chile en las realizaciones culturales, su contraparte (el sector popular) continúa al margen, en "su curso intemporal".

Al año siguiente, en 1981, Mario Góngora publicó el libro en el que dio a conocer definitivamente su posición: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*,⁸ que constituye el caso más claro de oposición al proyecto modernizador, por considerar que evitaba la participación del Estado en el desarrollo nacional, y le parecía grave la disminución de éste, durante el gobierno militar, realizando una crítica ultraconservadora al régimen de Pinochet.

Sus críticas se dirigen a una excesiva economización de la sociedad, lo que atenta contra el ser nacional. Góngora compara los ideales tradicionalistas y nacionalistas de la primera hora, de la Declaración de Principios de la Junta militar, con la aplicación posterior de un modelo ajeno a la realidad chilena: "El neoliberalismo no es, efectivamente, un fruto propio de nuestra sociedad, como en Inglaterra, Holanda o Estados Unidos, sino una 'revolución desde arriba', paradójicamente antiestatal, en una Nación formada por el Estado".⁹

⁸ Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (1981, 1ª ed.). Citamos por la edición de Editorial Universitaria, Santiago, 1986. Sobre la recepción del libro véanse, Arturo Fontaine T.: "Un libro inquietante", *Economía y Sociedad* (Santiago), junio de 1982; Sergio Villalobos, "El papel histórico del Estado", *Hoy* (Santiago), 12 y 19 de marzo y 1º de junio de 1982; Patricio Prieto Sánchez, "El Estado, ¿formador de la Nación chilena?", *El Mercurio*, 1º de agosto de 1982. Todos incluidos en la edición de Editorial Universitaria.

⁹ Góngora, *Ensayo histórico*, p. 267.

Aquí, conservadurismo se asocia con estatismo, identidad nacional, tradición, espíritu y, sobre todo, desconfianza en la Modernidad y la Ilustración. Este último punto es particularmente interesante, y podemos asegurar que Mario Góngora rechazó no sólo la modernización neoliberal, sino el proyecto ilustrado en su conjunto, en su versión socialista y liberal, consideradas como filosofías ajenas a la identidad del país: "La política gira entre opciones marxistas y opciones neoliberales, entre las cuales existe en el fondo 'la coincidencia de los opuestos', ya que ambas proceden de una misma raíz, el pensamiento revolucionario del siglo XVIII y de los comienzos del siglo XIX". Góngora coincidirá con otros exponentes de la corriente identitaria, al rechazar este universalismo moderno.

Para Góngora, como antes para Francisco A. Encina y la mayoría de los conservadores, Chile, debido a las características de su historia, no contaba con un ambiente que permitiera una llegada natural de la Modernidad: no había tenido, por ejemplo, una burguesía industrial y mercantil durante el siglo XIX, y su lugar lo había ocupado la antigua aristocracia señorial. El país había estado marcado por un prolongado ambiente militar, así como ciertas incapacidades culturales que permitieran la apertura y la tolerancia, y otros argumentos, según los cuales el país aparecía como refractario a la Modernidad.

Góngora, influido por los autores contrarios o desilusionados de la Revolución Francesa (De Maistre, Burke, Burckhardt), se transforma él mismo en un desilusionado, pero frente a un gobierno contrarrevolucionario, como el de Pinochet, y más aún, Góngora sostiene la existencia de un conservadurismo propiamente chileno, con una tradición y formas de pensamiento y de acción política (basadas en el "régimen portaliano"), diferentes del conservadurismo europeo y norteamericano.

Si en un comienzo Góngora aplaudió el sistema dictatorial del gobierno de Pinochet, poco más tarde se fue separando de la economía abierta, considerando que la "eliminación del proteccionismo debilita considerablemente el papel del Estado productivo, que también ha sido una aspiración secular del nacionalismo",¹⁰ por lo que terminó oponiéndose al Estado neoliberal.

Mario Góngora defiende la importancia del Estado en la formación de la nacionalidad chilena, y la disminución de éste en el

¹⁰ Cristi y Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, p. 141.

gobierno de los militares le parece preocupante.¹¹ Lo que le molesta particularmente es la aparición de la sociedad de masas, los procesos técnicos y la pérdida, citando a Jaspers, del “ser-sí-mismo del hombre”, reemplazada por una democracia que gira en torno al *marketing*. Todo lo cual lo lleva a expresar una percepción negativa de la época presente. Una de sus críticas más claras se refiere al abandono de la educación universitaria por parte del gobierno militar. Y para destacar la crisis que vivía el país, Góngora agregó en su libro el texto “Balance patriótico”, publicado por Vicente Huidobro en 1925, que aunque no corresponde a un pensamiento conservador, daba cuenta de su propio malestar “espiritual”.

3. Pedro Morandé y la oposición a la modernización desde la identidad católica

SIMILAR perspectiva, pero con variantes de carácter religioso, presentan las tesis de Pedro Morandé, quien desde un punto de vista profundamente crítico del proyecto neoliberal, señala que América Latina no tuvo Ilustración, reforma religiosa, pensamiento racional, laicismo, ni desarrollo científico, por lo que no se podían poner en práctica, sino por la fuerza, las reformas económicas que intentaba Pinochet.

Morandé es el único que no establece una identidad premoderna, sino plenamente moderna. El descubrimiento de América, es para él justamente el hecho que da inicio a la Modernidad. Sus argumentos son que somos modernos, pero de una manera opuesta a la luterana, centroeuropea. Es decir, observa en América un modelo paralelo de Modernidad, marcado por el Barroco, el pensamiento de Suárez y Vitoria, y fundamentalmente por un cristianismo latinoamericano de carácter contrarreformista.

Como Góngora, Morandé critica a la Ilustración, como un modelo estrechamente racional en comparación con la amplitud espiritual del mestizaje, el que ha sobrevivido más allá de los débiles momentos de predominio del iluminismo racionalista. Lo que le confirma la incompatibilidad del proyecto moderno con un *ethos*

¹¹ En opinión de Marcos García de la Huerta, Mario Góngora “no consiguió conciliarse con la política neoliberal impulsada bajo el régimen de Pinochet, a la que asocia con la era de las ‘planificaciones globales’ iniciadas con Frei y proseguidas con Allende, y a las que considera como intentos de encauzar a Chile siguiendo pautas y cánones ‘extranjeros’”, *La Época*, 2 de agosto de 1992

popular, barroco, cristiano y mestizo de América Latina. Morandé rechaza cualquier universalismo, por lo que exige a la sociología —su disciplina— que considere la "situación" latinoamericana, que se expresa a través de su literatura, y su particular cultura identitaria.

El texto de Morandé es de 1983, época, como la de Góngora, de fuerte imposición del modelo neoliberal, al que ataca apoyándose en una recuperación de la religiosidad popular, particularmente del marianismo latinoamericano, y del modelo social de la hacienda, ambos opuestos a la modernización, al desarrollismo y a la Ilustración. Una identidad refractaria al capitalismo. Se prefiriere el "ayer", que se transforma en un "siempre".

El verdadero pago al trabajo fue durante todo el periodo colonial, y aún más allá de él, la participación en la fiesta. Era éste un medio. además, para evangelizar a la población [...] Hasta el día de hoy, allí donde se conservan las fiestas de religiosidad popular, ellas constituyen el punto de referencia que da sentido a toda la actividad anual [...] A su vez, la fiesta explica también por qué América Latina nunca se ha orientado a la inversión y el ahorro. Le faltaba para ello la teología y filosofía correspondiente.¹²

Una postura con la que critica tanto a las posiciones marxistas como neoliberales, por corresponder ambas a un pensamiento burgués, no popular, no católico.

Aunque tenemos dificultades para incorporar a Pedro Morandé como nacionalista o como conservador, pues no calza con todo ese programa, nos permite mostrar la amplitud de la oposición a las reformas de Pinochet. Morandé no denuncia para intentar un cambio social. Simplemente define una identidad cultural para confrontarla con la Modernidad.

Pero se acerca a las posiciones conservadoras en la crítica al presente y en su predilección por la tradición y el pasado, en definir una identidad de manera esencialista, en no reconocer los elementos inmigratorios recientes que han afectado a la sociedad chilena y sobre todo en la presentación del modelo de la hacienda como paradigma y sello de la cultura y la política latinoamericanas. Las tesis de Morandé no eran nuevas cuando publicó su libro a comienzos de los años ochenta, pero adquirieron un renovado

¹² Pedro Morandé. *Cultura y modernización en América Latina*. Santiago. Instituto de Sociología. Universidad Católica de Chile. 1984. p. 183

ímpetu al haber creído que se establecían los rasgos definitivos de la identidad nacional.

Sin duda muchos de estos argumentos tienen asidero en la realidad, y nuestras diferencias con la Modernidad son evidentes. Pero esta posición le permitió a los militares hacerse cargo de la modernización económica del país, refugiándose Morandé y sus seguidores en el modelo católico, señorial.

4. Roberto Escobar y la incapacidad cultural ante la modernización

PROBABLEMENTE Roberto Escobar¹³ no acepte su incorporación en el conservadurismo, aunque sí en las corrientes nacionalistas. Si lo incluimos aquí es por la semejanza con las tesis indicadas previamente, cuando señala la incapacidad del habitante del país para adaptarse a los modos de vida de un liberalismo al que considera “impuesto” por los economistas de Pinochet, y que para él empequeñecía el alma del pueblo, poniendo en peligro los valores nacionales.

Encontramos en su trabajo una preocupación por la identidad nacional, aunque de modo muy distinto a otros textos de los años sesenta y setenta: no necesariamente elogiar una identidad, sino criticarla, a partir de su incompatibilidad con el proyecto neoliberal, proyecto que, por lo demás, se menosprecia.

En este contexto, Escobar define dos tipos de chilenos: el “hombre del subsuelo”, que se opone al que peyorativamente denomina de “superficie”. El chileno más verdadero es aquel que en el modo de vivir, como de expresarse en arte y literatura, es el “subsoleano”: una psicología especial que corresponde al minero o pescador, marcada por el aislamiento, la soledad, el ocultamiento y el uso de un lenguaje paratáctico (“parataxis”: una expresión no sintáctica en su significación lingüística) que utiliza el chileno, y una concepción “atemporal” de la historia y “fragmentada” del espacio, opuesta a la del europeo.

Escobar entrega una serie de argumentos con los que intenta mostrar la incapacidad del chileno para asumir el proyecto modernizador y, por tanto, el fracaso de éste. Tal vez lo más inte-

¹³ Roberto Escobar. *Teoría del chileno*. Santiago. Corporación de Estudios Contemporáneos. 1981. He analizado este texto en “La ensayística y el problema de la identidad”, en José Luis Gómez-Martínez y Javier Pinedo. *Chile 1968-1988*. Georgia Series on Hispanic Thought. 1988.

resante de su análisis es que tempranamente incorpora los conceptos de "femenino" y "masculino" como categorías para definir el mundo chileno y latinoamericano, y a partir de las cuales determina su carácter no moderno. Así, por ejemplo, define el gobierno de Carlos V como "patriarcal" y el de los Borbones como "matriarcal"; llegando a dividir la historia del país en dos grandes sectores —el "grupo liberal" y el "conservador".

El primero lo asocia con la figura del "padre", corresponde a figuras histórico-políticas que el autor define con rasgos de "agresividad". Sus mejores representantes serían los jefes de la Independencia, los gobernantes de los quinquenios, Balmaceda etc. El sector conservador, en cambio, lo asocia con la "noche", lo femenino y la estabilidad, pues la mujer en Chile representa el "buen sentido". Menciona como representantes a los conservadores gobiernos de los decenios, al sistema parlamentario, al general Ibáñez etc. Es al elemento femenino al que se debe la cohesión de la sociedad chilena: "una presencia real pero suave de la mujer en la vida del hombre chileno", tanto en la educación y en el hogar como en la política, en oposición a lo masculino disociador. Por lo que parece evidente su apoyo a un gobierno como el de Pinochet, considerado como protector, nacionalista, tradicional, aunque reprochándole el haber fomentado la sociedad de masas y el sistema de libre mercado. De nuevo, un paíscerrado sobre sí mismo, que acepte un "ayer" transformado en un "siempre".

Esta identidad (infantil) del chileno se ha formado tanto por su lado aborigen como por la herencia medieval española, época muy presente en la cultura chilena. Esta simbiosis se amalgamó sin dificultades, y sólo se vio interrumpida en el siglo XIX con la imposición de formas culturales traídas de Francia e Italia, quedando, sin embargo, el arte chileno impregnado para siempre del sello paratáctico.

Un rasgo relacionado directamente con el fracaso del liberalismo que menciona es la incapacidad del chileno para captar las interpretaciones históricas, el escaso aporte científico e intelectual, el menor desarrollo de la "psicología económica" y, por último, las dificultades para diferenciar las causas verdaderas de lo que se supone intuitivamente. Escobar cierra así el círculo de su imagen de Chile como un país no evolucionado en su inteligencia, cultura, economía y política.

Frente a este diagnóstico era inevitable ofrecer proyectos y soluciones político-culturales. Al plantear su admiración por Diego

Portales, sus alabanzas a Encina, y la búsqueda para Chile de un lugar de liderazgo en el Continente, es posible identificar su pensamiento con los miembros más conservadores de la Generación del Centenario que estableció sus diagnósticos hacia 1910.

Escobar postula un nacionalismo desde el que rechaza tanto un sistema económico de tipo socialista como de tipo liberal. Señala que el sistema de libre mercado, en los últimos años, ha traído estabilidad económica; pero espera que el modelo no sea “impuesto”, sino “adaptado” respetando los modelos culturales y los hábitos del país. Citando a Weber, advierte que el capitalismo conlleva una ética protestante completamente opuesta a la filosofía subsoleana chilena.

Escobar posee sus propias diferencias respecto de los autores anteriores. Rechaza el nivel señorial, hacendal, así como los esquemas religiosos, desmitifica al “huaso” y en general al Valle Central como símbolo (utópico) del país. Escobar asocia el trabajo agrícola con el (despreciable) patriarcado y valoriza como positivos —dada su constitución subsoleana— “la minería” y el “comercio”, prototipos del matriarcado. No adopta ni el indigenismo ni el hispanismo, aunque sí la constitución mestiza del chileno, pero un mestizaje que, aunque singularizador de una identidad, no calza con el liberalismo pleno, y para el que se postula un proyecto alternativo: humanista, no moderno, espiritual, con lo cual vuelve a aproximarse a los pensadores mencionados.

5. Julio Retamal Favereau y la oposición moral a la modernización

POR último, veremos el caso del historiador Julio Retamal Favereau, quien publicó *Y después de Occidente ¿qué?*,¹⁴ en el que confirma los postulados anteriores. En los “Agradecimientos” menciona justamente a Mario Góngora, a Juan Antonio Widow y a Osvaldo Lira. Y en los epígrafes que introducen el texto, el autor establece una relación entre una verdad revelada, cristiana, tomista, única y la opinión del Premio Nobel de física, Max Born, para quien la creencia de que sólo hay una verdad y que uno puede estar en posesión de ella, constituye la “raíz de todo lo que es maligno en el mundo”. Retamal, contra toda la lógica de la Mo-

¹⁴ Julio Retamal Favereau, *Y después de Occidente ¿qué?*, Santiago, Conquista. Aunque no hay fecha de publicación, el autor en la última página señala los años 1980-1981.

derinidad, señala su preferencia por la posición contraria a la de Max Born.

Julio Retamal expresa su rechazo a la época actual, calificada de "desquiciada", así como a las filosofías en que se ha expresado (existencialismo, marxismo, freudianismo etc.). En el mundo actual hay, para él, una "confusión reinante", lo que le provoca "angustia". El presente es descrito como una visión "apocalíptica de un fin de milenio más pavoroso que el de nuestros antepasados de hace diez siglos".

Y luego la tesis central:

Occidente ha perdido el consenso interno que lo mantenía cohesionado y le daba sentido, a lo largo de un proceso de desintegración de la Verdad [...] Reina la confusión más absoluta en el plano de los principios y propósitos; Occidente no sabe a dónde ir porque ha olvidado de dónde viene. Las ideologías más absurdas se disputan la primacía y, por eso, por todas partes se alzan los signos fatídicos de la destrucción, el odio, la lucha de clases, el terrorismo y la muerte. Cuando no son los del indiferentismo, el cinismo, el hedonismo o la apatía

En mi opinión, Julio Retamal ofrece una visión parcial de Occidente en la que niega la capacidad crítica de éste, sus dudas, el progreso de una mentalidad laica, que han caracterizado los más altos momentos de una cultura muy crítica consigo misma.

En oposición a los autores mencionados anteriormente, Retamal no propone una identidad chilena particular, sino que parece establecer una estrecha relación entre Chile y Occidente, "la cultura más fecunda que ha conocido el hombre", la que, en su opinión, tiende a la autodestrucción. Luego insinúa a los causantes: "Hay quienes, siendo hijos desnaturalizados de Occidente, no desean más que su hundimiento final, para dar paso a quimeras socializantes y materialistas o a tecnocracias agnósticas y relativistas". Una vez más, un claro desprecio por la técnica, la sociedad de masas, la vulgarización, el liberalismo, la Modernidad, frente a la cual Retamal adopta un postura redentora: "Para mí, a través de este libro, la decisión es clara. Tratar de salvar a Occidente, con su Verdad, sus valores, su cultura y su modo de vida, es un deber y una obligación".

Junto con rechazar el sincretismo, y la posibilidad de fusión de culturas ("la solución del sincretismo espiritual o cultural es barata e improductiva"), señala su rechazo a las nuevas sociedades de

masas, expresando una visión del desarrollo espiritual a partir de las élites (“la desaparición o destrucción de las élites acarrea siempre la de la cultura toda”), y la preferencia —por razones espirituales— de la Edad Media por sobre la Ilustración racionalista, la pretensión de que Chile pertenece completamente al mundo occidental, en tanto cultura y al universalismo en tanto religión.

Y de paso un rechazo a cualquier otra forma de vida, por ejemplo, de las sociedades mestizas como la latinoamericana: “Por haber llegado a la íntima convicción de que los sincretismos culturales son falaces y las civilizaciones híbridas, infecundas, no queda otra solución que defender la integridad de mi cultura hasta donde pueda... y más allá si fuera necesario”. Una actitud de militancia activa que nos evite desaparecer: “Debo pasar una antorcha que parece extinguirse, para aliviar mi conciencia y desechar el fatalismo y la decadencia”.

El autor no pretende escribir un libro más sobre historia universal, sino que intenta la defensa de la cultura occidental, mitificada, redentora: “Poco importa si tengo éxito; mi conciencia y mi formación, mis antepasados y mis contemporáneos me lo exigen”. Retamal intenta una nueva cruzada: desde la periferia salvar al Occidente cristiano.

Sus contactos con el pensamiento conservador son evidentes: “En cuanto a mis inspiradores, confieso que fue Oswald Spengler quien primero me alertó. Su concepción de una historia cíclica, sin progreso indefinido, calza mejor en las circunstancias actuales que las viejas hipótesis del avance incontenible del hombre”. Y por otro lado, “los historiadores y filósofos cristianos de corte tradicionalista”. Y por si quedaran dudas de su posición eclesiástica, lo señala explícitamente: “La creciente crisis interna de la Iglesia católica, antigua y venerable *mater et magistra* de Occidente, a partir del Concilio Vaticano II. Al ver cómo sectores clave de este faro, esta roca, esta fuente de la Verdad vacilaban en su identidad y se sumergían en complejos de culpa, diálogos con el error o *aggiornamentos* injustificados”.

La misma división del libro en capítulos denominados: “Época de la unidad de la verdad”, “Época de la diversidad de la verdad”, “Época de la imposibilidad de la verdad”, y “Época de la verdad indeseable”, dan muestra del curso histórico desde un momento de glorificación (el pasado) a uno de degradación (el presente). En esta mirada, los más altos logros de la Modernidad, la industrialización, la significación del trabajo científico, el

racionalismo, la democracia, son vistos como una "crisis": Kant, Marx, Darwin, Nietzsche, Kierkegaard, son señalados como caminos erróneos en la definición de una Verdad expresada con mayúscula.¹⁵

En conclusión, se puede decir que el aporte de Retamal Favereau a una visión del país consiste en un intento por incorporarlo plenamente a la tradición occidental, en su versión católica tradicional y premoderna.

Por ser un texto de historia universal, por lo demás de notable erudición, no se le debe exigir mayores reflexiones sobre el papel específico de Chile en ese contexto, ni tampoco sobre una particular política de Estado, la que aparece, sin embargo, siempre explícita en los términos expresados. Y sus críticas apuntan de igual modo a socialistas y liberales, manteniendo siempre como refugio último el de la élite occidental cristiana. Las menciones a Chile se refieren a sus críticas a la ideologización de los años sesenta y setenta,¹⁶ y algunos comentarios concretos al gobierno de la Unidad popular: "degenerado en ilegalidad completa".

Sus críticas son amplias y afectan al conjunto de posiciones políticas:

La ideologización de la izquierda contagió también a los demás grupos y es así como ha surgido, últimamente, una "derecha" igualmente ideologizada. Ella puede asumir diversas formas: conservadora, liberal, moderada, de tendencia centrista etc. Pero no es más que una contrarréplica de la izquierda, en cuanto también ha renunciado para siempre a la Verdad y su búsqueda.

En este contexto, sus reparos al proyecto liberal son notorios: "No hay Verdad Absoluta, dice la derecha liberal, y no conviene que la haya, para mantener la completa libertad del individuo, sin sometimiento a ningún patrón o modelo fijo, y para permitir el libre vuelo de la imaginación y la creatividad".

¹⁵ En diversas oportunidades, Retamal Favereau convierte la verdad en una categoría, y se refiere a ella como "Verdad Única", "Verdad Absoluta". Con la misma lógica se refiere a la Contrarreforma: "la llamada Contra-Reforma o Reforma Católica (que yo prefiero denominar como Reafirmación de la Verdad Única)" (p. 299).

¹⁶ "Esta posición (la de intentar hacer dialogar a la verdad con el error) popularizada durante aquella terrible y destructora década de 1960-1970, si es aplicada a fondo, desemboca necesariamente en el sincretismo cuando se trata de filosofías o ideologías, y en el ecumenismo cuando se trata de religiones", Retamal. *Y después de Occidente ¿qué?*, p. 283.

Por momentos las alusiones a la política económica de los militares es más evidente, siempre en términos críticos:

La derecha ha ido dejando de defender intereses. Por eso también ha adoptado las tácticas de la izquierda para tratar de imponer sus convicciones a la sociedad [...] Como muestra, un ejemplo: somos testigos en este momento del creciente influjo de las teorías de la llamada "Economía Social de Mercado", surgida de los magines de Von Hayek y Milton Friedman, dos premios Nobel de economía. Diversos países de Occidente, entre los cuales Chile figura en primera fila, aplican esta teoría y desmontan el aparato estatal que siglos de regalismo, de absolutismo y de socialismo habían montado. En un verdadero desenfreno economicista, métodos, objetivos e instituciones son pasados por el cedazo de la teoría y remodelados para entrar en acuerdo con ella.

Una crítica a toda política que postule la economía por sobre el espíritu y la "Verdad" de manera similar a Góngora, Morandé y los demás autores analizados: "Los argumentos políticos, sociales, científicos y hasta culturales son aplanados por este economicismo copiado de la izquierda socialista y transformado en medida de todas las cosas. Mas tras las teorías en cuestión no existe atisbo alguno ni deseo alguno de alcanzar la Verdad trascendente".

Retamal Favereau muestra un escepticismo que no estaba presente en el programa del gobierno militar, que utilizó algunas externalidades del diagnóstico conservador, pero reservándose para sí la confianza en el proyecto modernizador. Retamal, en cambio, no cree en absoluto en el futuro: "Es posible que la corrupción mental y la decadencia moral sean tan fuertes que no haya posibilidad ya de recuperación para la cultura occidental". La única esperanza que manifiesta es una recuperación espiritual, consolidada en torno a la Iglesia, para desde allí volver a la Verdad revelada. Una actitud sacrificial que, por lo demás, también iba muy bien con el espíritu de la época: "En cuanto a mí, no puedo sino ser consecuente con lo que aquí he expresado: mi estandarte flameará sobre la última línea de defensa del espíritu occidental, o se hundirá con él, si es necesario".

Todavía, en un estudio más extenso, se deben considerar trabajos de Bernardino Bravo Lira,¹⁷ que continuando el pensamiento conservador se refieren a la crisis y decadencia del Estado libe-

¹⁷Bernardino Bravo Lira. *Historia de las instituciones políticas de Chile e Hispanoamérica*. Santiago, Andrés Bello, 1985

ral en Chile. De igual manera se deben incorporar los textos de Jaime Eyzaguirre, Jaime Antúnez Aldunate,¹⁸ los de Armando Roa,¹⁹ y el de Juan Antonio Widow,²⁰ uno de los casos más extremos al expresar sus preferencias por el orden, la autoridad y la espiritualidad. Widow, además de condenar el pluralismo y la democracia en cualquiera de sus formas (liberal, socialista o cristiana), señala los peligros de un liberalismo injusto hacia los sectores desposeídos, así como del tono laico de la Modernidad. Estos autores se igualan en rechazar las reformas económicas, la Modernidad, la sociedad de masas y una visión de los tiempos presentes como catastróficos.

6. Conclusiones

HE intentado identificar la existencia de un pensamiento conservador basado en la desconfianza en el proceso modernizador que se impuso en Chile y que propone una identidad esencialista, de la que se pueden señalar rasgos positivos o negativos, pero siempre ajenos a la Modernidad.

Este pensamiento no tuvo representación política, aunque es posible que sus argumentos hayan hecho algún efecto en los militares,²¹ que incorporaron algunos de ellos: desprecio por la democracia, decadencia de Occidente, desconfianza en el proyecto moderno, como una manera de no perder el aura nacionalista, aunque fue más fuerte la fascinación por las recetas neoliberales, que les ofrecían la posibilidad de pasar a la historia como el gobierno que había logrado hacer de Chile un país desarrollado.

Los conservadores criticaron a Pinochet en la aplicación de las reformas económicas, de la disminución del Estado, de los gremios, la economización de la sociedad etc. Pero también lo apoya-

¹⁸ Jaime Antúnez Aldunate. *El conuenzo de la historia impresiones y reflexiones sobre Rusia y Europa Central*. Santiago, Patris, 1992; *Crónica de las ideas. para comprender un fin de siglo*. Santiago, Andrés Bello, 1988; *Amar lo creado*. Santiago, Patris, 1991; *Aquellos años 80*. Santiago, 1989; *De los sueños de la razón al despertar nueva crónica de las ideas*. Santiago, Zig-Zag, 1990; *En busca del rumbo perdido tercera crónica de las ideas*. Santiago, Universidad Católica de Chile, 1998

¹⁹ Armando Roa. *Modernidad y postmodernidad. coincidencias y diferencias fundamentales*. Santiago, Andrés Bello, 1995.

²⁰ Véase *El hombre, animal político. El orden social principios e ideologías*. Santiago, Editorial Universitaria, 1988.

²¹ Algunos de estos pensadores ocuparon cargos durante el gobierno militar: Julio Retamal, por ejemplo, fue nombrado agregado cultural en París entre 1976-1980

ron en otras: orden social, nacionalismo, oposición al marxismo, capacidad autoritaria de conducción de la Nación.

Aunque entre ellos hay una oposición radical frente al neoliberalismo, los conservadores no actuaron como bloque. El historiador Gonzalo Vial, por ejemplo, apoyó y estuvo dispuesto a ser ministro de Pinochet. El caso más conocido es el de Jaime Guzmán, quien abandonando sus antiguas posturas gremialistas y distanciándose del radicalismo extremo de Osvaldo Lira, se plegó al neoliberalismo, dándole un fuerte apoyo a la opción de Pinochet por las reformas económicas.

Por esto, Pinochet no estuvo totalmente ajeno a las posturas conservadoras, negando la Ilustración y la Modernidad, entendidas como el programa de la emancipación del individuo. En este contexto, se logró hacer un frente común en el que estuvieron conservadores, nacionalistas, y aun los neoliberales que aceptaron sólo la tecnología y el libre mercado, por sobre las otras características de la Modernidad. Es decir, una modernización a todas luces parcial. Crear un mundo económicamente desarrollado, desconociendo las consecuencias sociales y culturales de la Modernidad.

Podemos decir que en este contexto la Modernidad no tuvo defensores. Y las antiguas dicotomías del siglo XIX —civilización/barbarie, liberalismo/conservadurismo, laicismo/catolicismo— los conservadores agregaron dos nuevas: tradición/modernidad, proyecto hispano/mundo sajón, en las cuales expresaban la desconfianza por el proyecto moderno, considerado como ajeno a la realidad cultural y política nacional.

Con todo, creo que por primera vez este pensamiento conservador tuvo la oportunidad de expresar con fuerza su oposición a la Modernidad, aunque los conservadores no tenían al frente un gobierno con un proyecto moderno completo: sino a uno que se afirmaba solamente en el desarrollo económico.

La paradoja es doble: por una parte es la negación a la Modernidad, según se expresa en un mundo ajeno al propio (Europa), y al que se critica desde un nacionalismo basado en una identidad (premoderna) a la que finalmente se desacredita. De alguna manera, así como en los años setenta todos estuvieron contra la democracia, en los ochenta muy pocos o nadie (en términos intelectuales), estuvo a favor de la Modernidad.

Con excepción de Pedro Morandé, quien sí asume una identidad, los demás postulan un nacionalismo imaginario, sin base social real en que apoyarse. Un extraño nacionalismo, con una nega-

tiva imagen del país, ya sea porque, recurriendo a la fórmula de Encina, el país vive en una "infancia mental", o por su atraso cultural, su permanencia "intemporal" ante la historia, su psicología paratáctica etc. Así, parece ser que en la dialéctica modernidad-identidad muchos conservadores estuvieron a favor de la identidad, sobre todo por temor a la modernidad, postulando un débil "ayer" que dará origen a un "siempre" que sólo podrá mantenerse por la fuerza de la dictadura.

Para concluir, debo señalar que, en mi opinión, estas dos posturas continuaron de alguna manera después de Pinochet.

El neoliberalismo fue retomado por los gobiernos de la Concertación (1990-2000) que lo han mantenido de manera relativamente fuerte: privatización de la previsión social, universidades, sistemas de salud etc. Aunque aumentando la base social, con una sociedad más civil y tolerante, otorgando cada vez más amplios espacios a la democracia etc. Es decir, incorporando tibiamente la otra cara de la Modernidad.

Por otro lado, aunque el pensamiento conservador, durante los militares, fracasó desde un punto de vista económico y no logró detener las reformas neoliberales, se ha reactualizado en la derecha actual en lo político, y sobre todo ha sabido instalarse en el mundo cultural, influyendo desde la prensa, la Iglesia, y ciertas corrientes de opinión, en la ciudadanía más allá de Pinochet. Lo que explica que aún hoy, la sociedad chilena se plante tímidamente frente a ciertos cambios necesarios: ley de divorcio, sistemas de educación sexual escolar, disminución de la presencia de las Fuerzas Armadas en política, apertura cultural internacional, cambios en la Constitución política etc. Aspectos heredados de Pinochet, como pruebas fehacientes de su desconfianza en la sociedad civil.

Los conservadores, aunque no tuvieron expresión política, tuvieron el ambiente nacional, continuando durante la transición en lo moral, en lo político y en lo cultural.